

ARTE AMATORIA

Hermoso es el reino del amor
V. Aleixandre

Lactos los amantes quedan:

Urdieron en la piel,

Vicente,

*la estrategia del gozo, esa usurpada teoría de los dedos
que abren una llaga finísima de anémona rosada.*

Férvidos fueron

y

trocaron los tules en simples hilos de apetencia.

Chorreantes de polen sacudieron,

Vicente,

la herrumbre acumulada de lo que está en desuso.

Salpicaron la palabra, el torso, el labio, incluso

la memoria de la desnuda esencia del abrazo.

Y germinó el salitre como una flor caliente de cristal.

Alzáronse en vilo los amantes,

pavorosamente ardidos en sus linternas más íntimas.

Dijeron: «Bástenos sabernos jóvenes ahora».

Olvidaron la patria donde, niños aún,

Vicente,

deletrearon parras y mazorcas, naranjas y adelfales,

olivos y palmeras

encontraron cobijo en los recodos del cuerpo

que sin queja se ofrece.

Lívidos los amantes. Con esa luz morada que traspasa

a los ambiguos ángeles de las altas vidrieras catedrales.

Altísimos jacintos derrocados al pie del alabastro.

Lívidos los amantes. Con gesto vegetal de lises desmayadas,

tan sólo unos instantes,

con diminutas joyas licuadas en la nuca.

Lánguidos amantes yacentes, amagando la curva, el tacto,

la torrencial saliva atosigada.

Espesísimos vinos bebieron los amantes,

Vicente,

mordeduras de calambres en racimos,

tuvieron entre los dientes agridulces jarabes de grosella,

moscateles dulcísimos

y

aparentemente se durmieron.

Mas tu sabes,

Vicente,

que no mueren los amantes:

Descansan.

*Y entre letargo y sueño, entre sopor y esguince
se renueva, milésima a milésima, la estirpe del deseo.*

Es la tregua del amor. El tiempo en que es preciso

arreglarse el cabello o la esperanza, el tedio o la ironía,

para colocarse de nuevo en la postura idónea

y descubrir desnudos, semidesnudos o así, que ellos son como ramas

[espontáneas.

Lacios los amantes quedan, mas no desertan del fragor del goce,

si acaso, dictaminan la paz de las caricias, para intentar a golpe

de inocencia otros modos de amar, siempre indefensos.

A veces cambian. Mudan sus afeites, sus máscaras, sus gestos.

Se cubren, se descubren, rasgan, rajan, lloran, besan o lloran

besando la herida del beso anterior

y muerden la sombra de la huella de una antigua mirada.

Pero siempre regresan los amantes a su oficio primordia!,

aunque sobre sus hombros, como sobre los tuyos,

Vicente,

pesen las esferas de los relojes huérfanos y ateridos.

MANUEL JURADO LOPEZ

La Rosaleda. Torre Sirena, 6.º C
SEVILLA-6